

Ledicia Costas

La liebre MECÁNICA



ANAYA

Título original: *A lebre mecánica*

1.ª edición: octubre 2022

© Del texto: Leticia Costas, 2022
© De la traducción: María Reimóndez, 2022
© Edicións Xerais de Galicia, S.A., 2022
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Diseño de cubierta: Javier Olivares, Lola Rodríguez



ISBN: 978-84-143-3312-9
Depósito legal: M-20849-2022
Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ledicia Costas

**La liebre
MECÁNICA**

Traducción de María Reimóndez

ANAYA

«Y es raro pensar que lo que siento por ti
se desvanece y no volverá jamás»

JOE CREPÚSCULO

Cuervo

En la parte alta de mi barrio hay una pista de *skate*. Cuando estoy harto de todo, vengo aquí. Hay árboles y bancos para sentarte a tu bola, sin que nadie te moleste. Me tranquiliza escuchar el sonido de las ruedas de los monopatines sobre la pista de hormigón. Trrrrrrrr, trrrrrrr, trrrrrrr... Es bastante hipnótico. Me siento aquí, miro a esos tíos y dejo la mente en blanco. Se deslizan con cara de flipados, como si estuvieran haciendo algo importante. Estoy seguro de que sienten que vuelan sobre la tabla de madera. La mayoría son unos *mataos*, pero un par de ellos brillan.

Hay uno al que llaman Rayo cuyo monopatín parece una prolongación de sus piernas. A veces viene gente hasta aquí solo para verlo en acción. Él sí que vuela. Una vez le hice una foto mientras saltaba y el sol se quedó posado justo sobre su cabeza, como si fuera una criatura celestial. Nunca antes había hablado con él, pero ese día le pedí su número de teléfono para mandarle la foto, porque estaba seguro de que nunca le habían hecho una tan cojonuda. Desde entonces me habla con respeto. Eso está bien.

Hay otro tío que hace unas movidas bastante alucinantes con la bici. Tiene una de esas BMX tuneadas que usa la gente

que controla o que sueña con controlar. Ha pintado el cuadro de azul turquesa. El resto es negro: los pedales, los radios, las ruedas, el manillar... La tiene impecable. A ese le llamo Bunny Hop, que es el nombre de uno de los saltos que hace con la BMX. No tengo ni idea de cómo se llama de verdad ninguno de esos tíos. Ellos tampoco me conocen por mi nombre real. Todo el mundo me llama Cuervo desde que me hice fiel a Raven, un personaje de mi videojuego favorito. Va siempre encapuchado y lleva un traje negro con plumas en los hombros. Nunca se le ve la cara; tan solo dos ojos brillantes de color violeta que brillan sobre un fondo negro. Los míos no son violetas, sino azules, pero mis colegas me dicen que parecen sobrenaturales, como los de Raven. Me quedé bastante sorprendido cuando descubrí que habían diseñado ese personaje tan increíble a partir de un poema de Edgar Allan Poe: «El cuervo». Va de un pájaro que cada noche visita a un hombre deprimido por la muerte de la mujer de la que estaba enamorado. El bicho habla, pero solo pronuncia una palabra: no deja de repetir una y otra vez «*nevermore*», y el tipo cada vez se inquieta más y más. De ese poema nació Raven, y también mi apodo. Quedaría de fábula decir que gracias a todo esto empecé a leer poesía, pero sería mentira. Lo que sí leo bastante es manga, sobre todo los que escribe y dibuja Nana. Es mi novia, aunque últimamente las cosas no nos van demasiado bien. Por momentos todo parece a punto de romperse. Vaya mierda.

Hoy no están en la pista ni Rayo ni Bunny Hop, así que me toca quedarme empanado mirando a los matados. Brrrrrrrr, brrrrrrrr, brrrrrrrr... Podría dormirme aquí mismo, si no fuera por el frío. Echo de menos mi plumas. También a la Nana de hace un año. La de ahora siempre está irritada y no

para de presionarme. Si supiera que vengo a este sitio a desconectar y a estar solo, no entendería nada. Haría un drama de mi necesidad de espacio. Odio que sufra y odio que no me comprenda y no sé cómo solucionar ninguno de esos dos problemas. Otra cosa que echo de menos en este preciso instante es una birra. Antes detestaba el sabor de la cerveza. Poco a poco he conseguido tolerarlo y ahora me gusta bastante. Ha sido una progresión perfecta.

Un chico intenta dar un salto con el monopatín y se cae. Acaba de llevarse un golpe criminal en la cabeza. La gente lo rodea y yo me levanto y corro hacia él, porque una cosa es que me guste ir por libre, y otra permanecer indiferente ante algo así.

—¡Toni! —grita sin parar un colega del notas mientras le arrea unas bofetadas en la cara para que reaccione.

—¡No lo toques! —le regaña otro, que ha debido de tragarse muchas pelis.

Todos están bastante nerviosos. Yo saco el móvil de inmediato y pido una ambulancia. En momentos así, hay que ser frío. Alguien aplaude mi iniciativa y me da las gracias por reaccionar tan rápido.

—A ver si no tarda mucho —murmuro yo.

Diecisiete minutos, para ser exactos. Diecisiete minutos de tensión máxima, con la gente venga a echarle agua por la cara para intentar despertarlo y un tipo que no para de repetir:

—Por favor, que no la palme.

Lo del agua no funciona. El tío abre los ojos, pero está desorientado. No dejan que se levante, cosa que me parece inteligente. Cuando llega la ambulancia, los tipos que cargan con la camilla preguntan si no llevaba casco. Todos se miran

como si, de repente, hubieran comprendido el sentido de protegerse la cabeza cuando te dedicas a pegar saltos sobre un monopatín en una rampa de hormigón.

—Que se mejore —digo, antes de largarme, cuando arranca la ambulancia.

—Gracias, tío —me contesta uno de ellos.

Están afectados y lo comprendo. Yo también lo estaría si el que se hubiera marchado dentro de la ambulancia fuera uno de mis colegas. Pánico, Kike o Puga. Sobre todo Pánico, que es mi hermano. Ese es su apodo para todo. Lo escogió por no sé qué movida de un dios griego llamado Pan. Tiene tres años más que yo, está en su primer curso de la universidad y con él me siento completamente seguro. Sé que no me va a fallar nunca, pase lo que pase. Es importante tener a tu lado a alguien como Pánico. Muchas veces pienso que mi vida es mucho mejor gracias a mis amigos.

Me da algo de bajona ver la ambulancia escupiendo destellos azules en la oscuridad. Ojalá no le pase nada malo a ese tío. De camino a casa me cruzo con un montón de gente que saca los perros a pasear. En este barrio hay más perros que personas. Corren felices por la hierba, como si el mundo fuera un lugar genial.

Me suena el móvil. Es un mensaje de Nana:

¿Dónde estás? No sé nada de ti desde hace tres horas

Al leer esto, me pregunto qué pasaría si desapareciera de verdad. No un par de horas, sino días, meses, semanas. Ojalá pudiera largarme un tiempo y sacudirme esta sensación. Ahora mismo no tengo ganas de contestarle. En realidad, no sé qué decirle.

Solo son las 20:30. En quince minutos empieza el partido y he quedado con Pánico para verlo. No me apasiona el fútbol, pero aposté cuatro euros a que ganaba el Bayern y a que marcaba el primero el Olimpiakos. La pasta hace que el partido sea emocionante. Puedo llegar a ganar ochenta euros. Eso me tranquilizaría un poco, porque necesito la pasta. Me tranquilizaría como el sonido de las ruedas de los monopatines deslizándose sobre el hormigón.

Una afición aparentemente inofensiva que acaba convirtiéndose en un grave peligro.

Últimamente, las cosas entre Nana y Cuervo no van nada bien. Habían conseguido construir un mundo en el que lo compartían todo: películas, música, manga, videojuegos... No querían separarse nunca. Pero eso era antes. Ahora Cuervo desaparece y no cuenta a dónde va. Cuando Nana le pregunta qué le sucede, se enfada. En su pandilla nadie entiende qué le pasa. Desde que empezó a apostar en serio, parece otro. Lo que antes era pura diversión se ha convertido en una pesadilla.

Casi sin darse cuenta, Cuervo acaba envuelto en una red de problemas de la que parece imposible salir.



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com